



FONDO
EDITORIAL
ITM

Óscar Gutiérrez

ALMA

MATER

—ALMA MATER—

ÓSCAR GUTIÉRREZ



ALMA MATER

© Instituto Tecnológico Metropolitano

© Óscar Gutiérrez

Hechos todos los depósitos legales

Silvia Inés Jiménez Gómez. Directora editorial

Lila María Cortés Fonnegra. Correctora de textos

Viviana Díaz. Asistente editorial

Alfonso Tobón Botero. Diseño y diagramación

Pixabay.com StockSnap. Imagen de carátula

Sello editorial Fondo Editorial ITM

Calle 73 No. 76A 354 / Tel.: (574) 440 5100 Ext. 5197-5382

Editado en Medellín, Colombia / noviembre de 2018

www.itm.edu.co • <https://fondoeditorial.itm.edu.co/>

Gutiérrez, Óscar

Alma Mater / Oscar Gutiérrez. -- Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano, 2018.

108 p. -- (Textos urbanos)

ISBN 978-958-5414-39-6

1. Literatura colombiana I. Tit. II. Serie

868 SCDD 21 ed.

Catalogación en la publicación - Biblioteca ITM

Las opiniones originales y citas del texto son de la responsabilidad del autor. El ITM salva cualquier obligación derivada del libro que se publica. Por lo tanto, ella recaerá única y exclusivamente sobre el autor.

CONTENIDO

Maternidad.....	9
Los árboles	17
Uno no muere, solo enloquece	27
La célula que explota	29
El doctor que te hace sentir bien	39
La luz.....	47
Retrovisor	55
Ancla	57
Cuando las almas vuelvan	65
La campana de la división	73
Yo mate a Amy Winehouse	77
Buscando a la dalila paisa	83
La creación del diablo.....	87
U.....	95

—MATERNIDAD—

Cuando me preguntó por mi cuento preferido hablé de *Maternidad*, de Andrés Caicedo. Ella sonrió y elogió el estilo del autor haciéndome creer que era uno de sus preferidos. Pero no demoraría en saber el resultado de mi primera evaluación.

Tenía la misma edad de mi profesora, y trataba de salvar esas diferencias académicas e intelectuales aceptando la invitación a su apartamento, otra modalidad elegante de la prostitución, dirán algunos. El caso era que no podía perder más tiempo y necesitaba el diploma de licenciado. Te quiero como una madre, me diría luego, no sé si con cariño o desprecio, pero mis objetivos se cumplieron en ese semestre. El problema fue la fama que gané en la facultad. Pero la Universidad de Antioquia no es solo el bloque nueve, me dije entonces, sin sospechar los alcances de aquel matriarcado.

Me meto por el culo la decana, dice Carlos Mario, el marica más feo de la universidad. Y seguro que

debe tener como mínimo a la representación vudú de una muñeca con el mismo nombre de la decana, en medio de sus repuestos para moto y computador. Sus acompañantes de turno, alumnas, que le temen por su evidente misoginia, y compañeras y compañeros que antes ni lo miraban y ahora tratan de disimular la envidia que les despierta por ser profesor universitario recién graduándose, sin tener ningún talento o experiencia laboral, esos ocasionales acompañantes, que utilizan las plazoletas y corredores como vitrinas, sonrían ante el irreverente comentario y piensan que es suficiente el espacio para tal propósito.

La fama de Carlos Mario empezó desde que se ganó el concurso de «El marica más feo de la Universidad de Antioquia», fiesta de la que se publicaron varias fotos en Facebook (entre ellas una del vicerrector usando una tanga rosada como careta). Carlos Mario comenzó a ser visible hasta que despertó celos profesionales entre las mujeres de la Facultad de Educación.

Parir los demonios es el propósito de la escritura creativa y a eso me dedico hasta que ella dice que soy previsible y poco original. Siento que el aire me falta y salgo del aula sofocante a caminar por los pasillos del bloque nueve, hasta que me encuentro a la que siempre he tratado de acercarme recibiendo asesoría de Carlos Mario, con una proximidad que, para los que no los conocen, podría ser interpretada como romance. Entonces me deprimó y siento que

soy otro, alguien quizás más femenino y complejo. El espejo del baño muestra mi permanente gesto de duda, con algo de rencor que se va convirtiendo en miedo a medida que aumenta el rumor de la revolución sin manos.

Las mujeres de cuerpo y mente comentan entre sí y no demoró en terminar señalado, rodeado, arrinconado. Eres una víctima de la falta de comunicación, se atrevió a decirme Carlos Mario mientras me desintegraba. O al menos era lo que creía sentir en ese momento maldito. Pero no demoré en descubrir que el asunto tenía unos alcances más profundos: ¡Era víctima de un ataque masivo del matriarcado de la Facultad de Educación!

Desde la primera náusea lo sospeché, no había razón para esos mareos y cuando el médico de la IPS universitaria, en medio de mi diagnóstico, no pudo contener más la risa, vi que era necesario cuestionar la realidad, pero no a la manera de las bandas de hardcore, ni de los escritores marginales, sino de frente, con todo, como el loco que se tira al vacío. ¿Usted sabe qué pasa?, fue mi última pregunta antes de que la historia empezara a patinar en el mismo punto para luego devolverse, de manera repetida como un disco rayado. Todos ponían cara de idiotas como única respuesta hasta que no quedó otra opción que la de preguntarle a Carlos Mario. «Aquí, en esta breve historia que protagonizamos, el autor ha perdido el control», dijo para luego

dirigirse a un rincón donde una pequeña margen de sombra resultó ser la entrada a un pasadizo secreto.

Mi sospecha se cumplía y cuando quise preguntarle a Carlos Mario por su compañía me choqué con la pared, que también podría ser sinónimo de una de las márgenes textuales de este cuento. Entonces busqué algo que solo podía estar en mi mente y que al principio creí encontrar en el rastro de un perro perdido (que pese a lograr el ingreso al campus universitario siguió igual de paranoico), en una gota de sangre congelada o en cualquier hueco o abertura, parecía como si los árboles del bosque universitario iniciaran un viaje de regreso a la semilla y yo, de alguna forma, quisiera imitarlos, sin dejar de ser aquel un estado de choque, de irremediable odio ante la violación del espacio sagrado.

Ahora, cuando el fondo del texto parece enrojecer de la vergüenza, sigo empeñado en la búsqueda de opuestos, que es otra forma de justificación. Prohibida regresión del tiempo y violación del texto en el momento de su virtual creación, dos cargos para que estudie el Derecho, ya que la justicia siempre cojea y mis urgencias de autocorrección me dejan en suspenso. Quisiera asfixiar con mi actitud al matriarcado embrujador.

Una corriente de aire me afecta, pero ignoro cuál es la ventana abierta, entrada de intrusas y virus. Violado el texto se traspasa la última frontera y muere el mito del único lugar seguro en época de

terror y paranoia, pues hasta los uniformados corren en el campus. ¡Fuera invasores de..!, rezan varios murales escritos con aerosol, pero ni los hackers, que utilizan sus portátiles como almohadas, alcanzan a comprender la laberíntica trama de este ataque correspondiente a la guerra de los sexos.

El perro perdido ladra a la luna en el parque infantil a un lado de «El Aeropuerto», nombre que se le da a la zona de tolerancia, dentro de la universidad, para el consumo de drogas, y una pareja de novios lo contempla. Ella, estudiante de Veterinaria, habla de balances y parásitos mientras que él, estudiante de Historia, se remite a los significados que tenía el círculo en la época medieval. El texto gana peso ante el embarazo indeseado y más aún cuando, tras un detenido análisis de los doctores, se detecta la monstruosidad engendrada. Puristas y positivistas se rasgan las vestiduras mientras Carlos Mario moviliza su gremio y en nombre del mismo condena a quienes están planeando el asesinato.

¡Ortodoxos de mierda que no toleran la diferencia!, protesta con indignación y rabia, con el atrevimiento de hablar en plural sabiendo quien lleva todo el peso del atropello sobre sus hombros.

¡Cójanlas!, quisiera gritar cuando desfilan por la plazoleta Barrientos. Una de ellas, La Carbonera, me distingue desde que asomo por la cafetería de la Facultad de Artes, y desde ahí me apunta con la cruz que hace con sus índices, cual mira telescópica. Ellas desprecian la pureza porque son incapaces de

percibirla mientras busco la pureza de estilo como misión de vida. Pero mi decisión de abortar es inevitable.

No tengo por qué soportar el desprestigio de un proyecto que jamás debió dar a luz, mejor seguir buscando mi alma gemela. Pero la búsqueda inicial debe ser el intento de envenenamiento que mate lo que, muy a mi pesar, empieza a tener vida propia dentro de mí, como si se personificara la bipolaridad o deformara mi cuerpo hasta quedar jorobado nueve meses, tras los cuales descubro que he venido cargando con un embarazo del que termina saliendo esa otra cabeza que viene a dirigir y concretar mis fantasías perversas.

Mi cuerpo instrumentalizado ingiere y expulsa contenidos preparándose para el dolor: bestseller tipo Dan Brown y cuentos premiados en concursos de poco renombre. Y los intermedios productos de eficientes burócratas de la literatura que terminan siendo eternos candidatos al premio Nobel. Todo en exceso y sin pausa hasta que llega la náusea en compañía de desgastes y sudores. Pero sigue la insoportable pesadez.

Soy un elefante rosado que se une al combo de los que bailan en la telaraña. La movilidad es mi principal preocupación y escribir es mi ocupación sin otra alternativa. ¡Y qué feliz soy! Hasta que la euforia llega a sus límites transformando el talento en adicción. Pienso en Roberto Bolaño matándose con cada palabra de 2666, la primera obra maestra

de la literatura del siglo XXI, y siento temor por esa tendencia a imitar a nuestros héroes decadentes, otra forma de pulsión. Aquí, de cualquier manera, el tema es la creación. Y la consecuente posibilidad de enloquecer. Las musas reaccionarias que burlaron las leyes naturales para alterar esta historia, ahora dan una vuelta de ciento ochenta grados en cuanto a las truculencias del derecho, para atacar a los asesinos. Reescribo hasta las últimas líneas, guardo la esperanza de salvar la idea original, la semilla.

La Universidad de Antioquia es el punto de encuentro por excelencia. Y por ende también, cuando viene el desencanto, el triste lugar que atemoriza con sus fantasmas. Con la desilusión la Universidad de Antioquia parece un cementerio elegante, con la biblioteca central como mausoleo estrella, con el servicio permanente de diálogo y consulta con el espíritu de los autores más famosos. Vuelven las doctoras, entre ellas, la que se ofende cuando alguno de sus alumnos le dice profesora, y luego de leer varias veces el texto sentencian que es digno de publicar, sin importarles mi protesta. Derechos de autor y otros temas complementarios se mencionan mientras pienso en otras alternativas para soltar el nudo gordiano y cambiar de dirección. Pero antes de abandonar la sala protesto por el derecho del autor a ser el arquitecto de su estructura textual, aunque doctores, editores, comerciantes y modelos se crean más importantes.

Y justo en esa tarde, de manera inexplicable ante el clima de paz que reinaba, se presentaron disturbios en el campus, y por primera vez me sentí tentado a participar como única alternativa de desahogo y desesperado intento por ser escuchado. Una piedra en el centro de la plazoleta Barrientos era como un billete.

La mutación textual continúa luego con imitaciones de suramericanos grandes: Borges, Bolaño, Cortázar. Este es un cuento que clama por su derecho al aborto narrativo, debido a la inconformidad y perfeccionismo de su autor pues, acaso, por culpa de algún fanático, si llegara a ver la luz, ¿quién podría responsabilizarse por el resto de su existencia? Y eso sin perder la cabeza o el criterio, que viene a ser igual.

Busco una segunda opinión que no sea condenatoria, una expresión imparcial que evite la tentación de extremizar este dilema en términos de vida y muerte. En la universidad soñé con distintos imposibles como la recuperación del pasado, la revolución o la academia, gocé con la belleza y ahora no podré salir del campus. Escribir es la única salida. Aunque, como siempre ocurre, el primer intento es un ensayo, una posibilidad de duda y error. Sigo caminando, aunque a veces tengo la sensación de darle vueltas y vueltas a las mismas plazoletas y bloques. Porque la vida continúa y a un cuento debe seguirle otro. Y la Universidad de Antioquia, pese a todo, sigue invicta en su fecundidad...

—YO MATE A AMY WINEHOUSE—

La esperé en una de las mesas del primer piso del bloque nueve. Y cuando llegó a su mesa en la cafetería que limita con el siguiente bloque, la misma que parecía reservada para ella, me acerqué. Estaba con una compañera que me simpatizaba, pero como siempre he sido tímido, le pedí que nos dejara solos. Ella, la inalcanzable, la agarró de un brazo y le pidió que por favor no se fuera. «Necesito preguntarte algo», dije. Y ella sonrió, con esa sonrisa enloquecedora, y dijo «qué». Y entonces le pregunté que si estaba viviendo con otro. Y volviendo a sonreír, como si tuviera más motivos para hacerlo, me dijo que sí.

Ahí, frente al jardín de la Facultad de Educación, se abrió la tierra. Las almas gemelas son las balanzas que evitan los desbordamientos de la energía cósmica. En la historia del cometa Esneider juega un papel importante el color naranja, aunque no hay certeza del por qué. El caso es que los dos

kilómetros de radio, en los que se esparció la gran roca volcánica al aterrizar, están hoy ocupados por plantaciones de cítricos.

La sucesión de parejas sostenedoras del mundo se remonta a épocas fundacionales. Los anteriores vivían en Nueva York, en las torres gemelas, el mismo número de apartamento en cada edificio, frente a frente. Pero nunca se conocieron. Un solo encuentro casual en la calle o en el metro hubiera sido suficiente para el flechazo. Pero no.

Y en ese lapso entre el once de septiembre de 2001 y agosto de 2003 vivimos en un estado de ansiedad. Hasta que en aquel salón de la Universidad de Antioquia, en la primera clase de Lingüística I, sentí que ella llegaba para, con su frialdad e indiferencia, revolucionar mi vida. Pero los aprendizajes son duros y dolorosos y al final el sujeto es otro. Todos estamos expuestos a los cambios y aquel veintitrés de julio sentí que me arrancaban la piel, algo más que estar desnudo. Después de aquellas palabras que ella me clavó, me encerré en uno de los baños de hombres del bloque nueve (cuyo espejo muchas veces había que compartir con mujeres que fingían confusión) y respiré profundo, varias veces hasta que juré no llorar.

En la mañana repasé algunas páginas de Manuel Mejía Vallejo porque en esa fecha se cumplían diez años de su muerte. Recordé aquellos ochentas, las tardes en la Biblioteca Pública Piloto y los rituales alrededor de El Maestro, que con la copa en su

mano sentenciaba a quienes soñábamos con ser escritores. Ahí estaba Mesías, el joven, cuando tenía pelos hasta en la lengua. Yo descubría a Andrés Caicedo y trataba de mencionarlo en esos diálogos iniciales con el sexo opuesto donde la clave era impresionar. A El Maestro parecía no simpatizarle Andrés Caicedo, pero no por ello dejaba de ser El Maestro. Cuando mueren los buenos escritores dejan grandes vacíos donde retumban sus voces, con esos fragmentos apasionados que legaron. A veces la voz del hombre que buscaba venganza en *El día señalado* reemplazaba a la mía y entonces temía por las fuerzas oscuras que podría desencadenar. Y por primera vez pensaba en la posibilidad de que aquella fecha estuviera reservada para la tristeza.

Caminé por los rincones menos frecuentados del campus y como siempre terminé en El Aeropuerto. Desde el primer pitazo la marihuana me supo mejor que nunca y entonces reconocí la alteración, ese estado óptimo para escribir, junto con la posibilidad de purgar mis demonios (esa tierna voz que también me erizaba) a través de la literatura. Decidí que escribiría un libro de cuentos en honor a la Universidad de Antioquia, teniendo en cuenta que, para mí, ella y el *Alma Mater* son sinónimos, y por lo menos una novela cuya trama tendría que ubicarse en El Carmen de Viboral.

Soy lento para escribir, pero aquella vez las dos páginas iniciales del primer cuento brotaron fácil, como por naturaleza. Entonces decidí descansar

unos minutos y volví a El Aeropuerto a pegarme la segunda traba. Aún desconocía el olor de la «cripa» y cada visita a los alrededores de la cancha de fútbol era como un paseo en el bosque de los dioses, unos dioses aburridos, hastiados de las preocupaciones por la movilidad y la clonación, dispuestos a patear en pandilla.

A veces escucho voces que me hacen mirar atrás. Y al ver la soledad, vuelvo a pensar en la posibilidad de la locura. Quiero silenciar el grito que brota dentro de mí, pero hasta el momento ha sido imposible. La voz de ella es música. Juntos somos la balanza. Solo falta que ella entienda eso y entonces yo seré otro. No es una promesa, es la mera narración de un proceso. «¿Por qué todo tiene que ser secuencial? ¿Por qué no aprendemos del cine?», me pregunto al pasar frente al museo universitario.

Quizás ella piensa en mí en este momento, pensaba mientras desmenuzaba la bareta para la tercera traba del día en aquel atardecer que prometía plenilunio. Decir adiós, volver a empezar, la luna llena era un buen ejemplo del círculo. Y por eso no quería bajarme de esas alturas.

El cuarto bareto me lo tiraría en medio de las cervezas, en la zona de bares frente a la universidad, donde Villamil es mi preferido. Y ese fue el error: no dejarme llevar por esos instintos musicales que desembocan en el metal. No recuerdo la razón por la que cambié las melodías en acero por ese rock más suave y castellanizado, rayando en el pop, que suena

en Bantú. Pero a esa esquina fui a dar y algunas líneas me tocaron las fibras, hasta que sonó aquella canción de Amy Winehouse que desde la primera tonada me pegó duro, tanto como para terminar con la camisa humedecida por las lágrimas.

Desde el inicio del llanto bajé la mirada y sentía que todos miraban con desprecio, como queriendo decir: miren pues a la Magdalena. Eso no hubiera sucedido en Villamil donde están prohibidas las baladas. Salí avergonzado de aquel lugar y desde los primeros pasos noté la borrachera que me hacía andar en zigzag. En la entrada de las urgencias del hospital universitario me sentí mal y el vigilante me dejó entrar. Y al acostarme en una camilla para una revisión volví a llorar de una manera descontrolada, como si llevara encima el peso del mundo. Al otro día amanecí con dolor de cabeza y temblores, pero todo pasaría rápido.

Y pasaron tres años en los que, entre otros asuntos, soporté mi último año en la universidad sin la presencia de ella. Pero logré terminar el libro de cuentos. Ahora el problema es la publicación, espero ganarme algún concurso o buscar algún tipo de crédito para pagar los gastos editoriales. Pero antes de ir donde un editor tengo que hablar con ella para convencerla de que su nombre debe ir en la dedicatoria. Quizás esté casada y hasta tenga hijos, no sé, pero si la trama de estas páginas logra atraparla seguro tratará de pedirme alguna explicación. Quizás sea fanática de Amy

Winehouse, y entonces podría molestarse, pero esos son riesgos que tengo que correr. Porque justo el veintitrés de julio murió la gran cantante y, ya terminado el libro de cuentos que llevará por título *Alma Mater*, quedé sin palabras...

ÓSCAR GUTIÉRREZ

Licenciado en Lengua Castellana de
la Universidad de Antioquia.
Alma Mater es mi ópera prima.

Textos
Urbanos

ALMA MATER

Este libro se terminó de imprimir en CPT express S.A.S., en noviembre de 2018.

Fuentes tipográficas: *Adobe Caslon Pro Regular* para texto corrido, en 12 puntos;
para títulos y subtítulos en 18 puntos.

